

## LAS PERPLEJIDADES DE MR. KOHGLING

POR TOMÁS RUEDA VARGAS

Mr. Charles W. Kohgling, australiano de vieja cepa irlandesa, vive a unos cuantos kilómetros de Melbourne, en una bella finca. Como todo británico, tiene sus extravagancias, o mejor dicho su «hobby». Entre nosotros, la afición de un hombre por cualquier cosa se califica de «Chifladura», y desde el mismo que la padece hasta sus más remotos parientes, sus criados, sus amigos, y aun los agentes del celoso y providente Estado, se dedican a contrariarle, Infinitamente más comprensivos los ingleses, han dado a la manía el nombre cariñoso de «hobby» y han hecho de ella un poderoso instrumento de educación y de progreso. En vez de atacarla la estimulan; lejos de querer extirparla, la provocan. La profesión, el oficio, es para ellos muchas veces la pesada obligación impuesta por mil circunstancias que dependieron más de ajena que de propia voluntad. El «hobby» es la afición; es aquello a que cada uno de nosotros se entrega por placer, es la ocupación que buscamos en los ratos de ocio Irresistiblemente, casi tan fatalmente como un vicio.

Don Rufino Cuervo fabrica cerveza durante 20 años para poder consagrar treinta a remontar la corriente del idioma hasta las fuentes. Se demoraban los expedientes oficiales en palacio mientras el señor Caro buscaba a tientas su Virgilio. «Por Dios, no me hable usted hoy de política», dijo algún día sin soltar el tomo de la Eneida, a uno de sus ministros que asomaba por la galería de San Carlos cargado de proyectos y de intrigas. Afirman los ingleses que los grandes adelantos obtenidos en su ganadería, en su química o en su filosofía, provienen de la afición de algún Lord, practicada en sus escapadas del foro, del parlamento o de la banca. Indi-

rectamente sirve también el cultivo de la actividad predilecta al lucimiento de una sociedad, porque cuando sus dirigentes —políticos, letrados, científicos— saben descansar, su labor general es más eficaz, y el conjunto social presenta un aspecto más armonioso, más bello. De ahí el perenne atractivo de Inglaterra. Podando sus rosas en Fallodon, o pescando con caña en la mansa corriente del Tweed, mientras repasa sus poetas favoritos, piensa mejor, y obrará luego mejor, Edwar Grey, cuando tenga que afrontar los grandes problemas internacionales de su patria.

Consiste la manía de Mr. Kohgling en un desmesurado y constante colombianismo que, sin duda, tuvo origen en la circunstancia de haberse enganchado su abuelo en la Legión Británica, y haber concurrido de 1818 en adelante a las campañas de nuestra guerra de independencia. Poco después de la muerte del Libertador, de quien fue idólatra, regresó a Irlanda el coronel Kohgling, junto con su mujer, una graciosa ocañera a quien conoció cuando fue a cumplir por allí una comisión a que le enviaba desde Bucaramanga su general. A raíz del nacimiento de su tercer hijo, se trasladó a Australia con su familia, como empleado de una compañía que se ocupaba en negocios de lana. Apoyado por sus patrones, y valido de las facilidades que por entonces daba el gobierno inglés a los cultivadores y ganaderos, fundó una granja donde vivió hasta muy avanzada edad, dedicando sus últimos años a escribir sus memorias, y a repetir el relato de sus aventuras en el pequeño círculo familiar, sin darse jamás cuenta de que el auditorio de hoy era el mismo que le había escuchado la víspera.

El más asiduo y atento de sus oyentes era su nietecito Carlos, quien nunca se cansaba de oírle ni vagaba de hacerle preguntas que provocaban el verbo del viejo y prendían en la chamiza de su memoria desfalleciente la llama de los recuerdos. Por esto, y por-

que Carlitos servía de apoyo en sus caminatas por el campo al coronel Alexander, quien tenía la tibia izquierda rota por una bala española, por todo esto le cobró tal cariño el abuelo, que a su muerte, ocurrida dulcemente cuando el legionario se aproximaba a los noventa años, le dejó mejorado en la herencia con el mejor lote —el de la casa— de la granja que habían ido ensanchando los Kohgling al crecer de la fortuna, y el coronel bautizó con el nombre de Bolivia en recuerdo de su jefe; dejóle también el voluminoso cuaderno de sus memorias con el encargo de publicarlas, completándolas con la historia de los principales acontecimientos ocurridos en la Nueva Granada, tierra de su mujer y de su gloria, después de 1831.

Muerto el coronel, dióse Carlos, en cuanto rato le dejaba libre el cuidado de sus «prósperos rebaños», a la tarea, cada día más atractiva para él, de revisar los manuscritos del abuelo, y para aclarar ciertos puntos y ampliar otros, entabló correspondencia con gentes de Colombia, pidió libros y se suscribió a los principales diarios de este país. Seguía con sostenido interés su movimiento político y social, pues pretendía cumplir la voluntad del coronel, adicionando su obra con un ensayo sobre el desarrollo histórico de la tierra donde había nacido María Jácome, su abuela, y había realizado Alexander Kohgling, las hazañas que constaban en el cuaderno de sus memorias, y en los múltiples trofeos que pendían de los muros de la biblioteca, en donde se encerraba cada día mayor número de horas a ordenar papeles, y a meditar, como si su único destino fuera ese, en los problemas pasados y presentes del lejano país que obsesionaba su mente.

A modo de corresponsal servíale en Bogotá un tío suyo, Patricio Kohgling, hombre excéntrico, ausente de la casa paterna hacía muchos años, y quien tras largo vagar por ambos mundos se había fijado en la

capital de Colombia, donde llevaba una vida retraída y modesta, cultivaba amistad con unos cuantos aficionados a la lectura, que son siempre los que menos escriben y mejor comentan: pensaba siempre hondamente en el principio y el fin del hombre, atendía a sus limitadas necesidades dictando clases de inglés, y de tarde en tarde escribía a algunos de sus parientes de ultramar. Entre éstos había cobrado simpatía a Carlos, con quien fue aumentando relaciones epistolares, si así pueden llamarse las notas marginales que ponía el tío Patricio en los libros y periódicos colombianos que despachaba puntualmente a su sobrino, notas que solían ser de gran provecho para éste, ya que no faltaba al Kohgling de Colombia sentido crítico y agudeza de ingenio.

Consistían a veces los comentarios en simples rayas trazadas con lápices de diversos colores; en signos de admiración, de interrogación, o bien de su propio invento y lenguaje, que el Kohgling de Australia se había habituado a interpretar tan perfectamente como si fueran frases enteras, o conceptos completos.

Preocupaba mucho al australiano la insistencia con que los escritores colombianos hablaban de las «crisis de hombres» que padecía el país y de la «falta de preparación» de sus clases dirigentes, de la incapacidad de universidades, escuelas y colegios para la formación de las juventudes. Y cuando más enfascado estaba en sus cabellaciones sobre el origen y posible remedio de este mal, comenzó a reparar en que las rayas y llamadas de su tío se multiplicaban al margen de los párrafos periodísticos que hacía la cuarta plana de los diarios bogotanos hablaban de palabras alarmantes de lo que en las notas de sus borradores rotulaba él con la palabra «impreparación». Subió de punto su curiosidad y alarma al reparar que el «ojo» que en tinta roja dibujaba el viejo Patricio al lado de estos

escritos, coincidía con signo igual, puesto a la vuelta de la misma página, y a veces también en la siguiente.

No tardó poco la ingenuidad nórdica de Charles W. en percatarse de lo que quería decirle su tío, avezado ya por la vida bogotana a la ninguna importancia que tiene la contradicción en la célebre altiplanicie andina, y al menguado papel que juega la lógica en la tierra que ayudaron a emancipar los blondos soldados del batallón Albión.

Se había apagado esa noche su pipa más de lo acostumbrado, mientras trabajaba en sus borradores sobre su mesa de escritorio, y releía el paquete de periódicos llegados por el último barco, cuando tuvo la sensación súbita de que algo nuevo y extraño se le revelaba en las páginas de uno de los diarios que tenía delante. Releyó la cuarta página, pasó a la quinta. Los signos del tío de América se aclaraban a sus ojos y la interpretación de ellos no le dejaba duda. Mas podía ser un caso aislado que no daría lugar a sacar una conclusión, a establecer una teoría, a sentar una tesis. Tomó el paquete, lo examinó de nuevo detenidamente; ojeó los anteriores de varios años atrás, y en todas las colecciones de los seis o más periódicos colombianos a que estaba suscrito con terquedad de verdadero maniaco, halló patente el fenómeno hacia el cual su tío quería llamarle la atención de tiempo atrás. Leyó, comparó y le dieron las tres y las cuatro de la mañana poniendo en fila, en columna por hileras, los recortes que iba sacando cuidadosamente de los diarios de marras, Surgió en él prontamente el contabilista, e intentó hacer una especie de balance. En uno de los diarios mas importantes de la capital colombiana halló en la sección editorial (página 4.<sup>a</sup>), repetida en una sola semana noventa y tres veces la palabra «impreparación», refiriéndose a la imposibilidad, poco menos

que invencible, en que se hallaba el presidente para encontrar con quién llenar tres ministerios y dos gobernaciones, que se hallaban vacantes desde hacía seis meses. Los comentarios eran desoladores: «No hay hombres». «Peor, mil veces peor, que la pavorosa crisis fiscal y económica que agota al país con no igualada violencia, es esta crisis de hombres». «Es urgente la reforma fundamental de la Universidad porque los sistemas actuales han fracasado y han acabado con la intelectualidad colombiana». «No hay hombres!...»

Doblando el periódico, como para leerlo de carrera en el ómnibus o en el carro del tranvía, la contradicción que aterraba en este momento al señor Kohgling, pasaría inadvertida, pero abierto en canal, desplegado el gran diario sobre la mesa de trabajo de la biblioteca de «Bolivia», el asunto tomaba proporciones serias.

Al frente, en la quinta página, aparecían seis notas, cuatro de las cuales llevaban por título nombres de caballeros colombianos, todos los cuales resultaban verdaderas notabilidades. Notabilidades siempre «Incomprendidas», «hombres cumbres», «cuyas eminentes cualidades» de estadistas, de guerreros, de poetas, de filósofos, de matemáticos, o de todo ésto reunido en uno solo de tan afortunados mortales, «no quería aprovechar el gobierno, o no sabía apreciar el pueblo». Al gunos de estos jóvenes, porque casi todos eran de la nueva generación, eran tan importantes que sus nombres se repetían con singular insistencia en un periódico, y de éste pasaban invariablemente a los demás en esbozos biográficos en que el autor contemplaba siempre al ídolo desde el «propio ángulo de su serenidad», y miraba arrobado cómo «crecía su idiosincrasia genial en el paisaje ocre», o, «en el panorama pajizo».

Y era de ver el derroche literario cuando uno de estos mozos salía a recorrer comarcas en campaña elec-

toral o a buscar datos, como «repórter», sobre cualquier fechoría de poca monta. Y si el viaje implicaba el paso del mar en desempeño de un cargo diplomático de menor cuantía, la estatura del muchacho tomaba proporciones heroicas. Aquí venía nada menos que el pasmo que experimentarían las «civilizaciones caducas» al «tropezar» en los cabarets de París con la «ideología cortante, la intelectualidad angulosa e invertebrada de «Pupy».

Este Pupy debía ser extraordinario, pues el señor Kohgling halló algo más de catorce artículos sobre este joven. «Pupy se va» «La visión del mar en Pupy» (aquí se hablaba de la contracción profunda que experimentarían las «vértebras del Caribe» en el momento de embarcarse Pupy). «Pupy en Marsella». «Pupy en La Haya»... y meses después, cuando Pupy regresó, fue el delirio.

En éstas se le ocurrió al ministro de gobierno (al «premier» como decían los cronistas sin acordarse de que aquí no hay régimen parlamentario) enviar como cónsul en Barbados a Alcides Guacaneme y Suta, el «gran Guaca», como le llamaban cariñosamente sus íntimos. En este momento, en esta «tournante» de la historia de Colombia que determinaba el decreto ministerial, al «romper con la tradición consular, averiada y caduca, resolviéndose a mandar a Barbados (Barbados, jalón primero, etapa nebulosa, incógnita perenne de la vía hacia el Amazonas) en esta hora trascendente a una persona como Guacaneme»; en este preciso instante fue cuando el derroche de adjetivos se hizo caudaloso, arrollador. Mister Kohgling sintió un ligero desvanecimiento al recorrer de nuevo la quinta página de los diarios colombianos de aquellos días; golpeó la pipa contra el borde de la mesa, la volvió a cargar, le dio fuego y continuó leyendo: «Guacaneme epónimo: Guacaneme, antena que capta todas la

corrientes del pensamiento americano; Guacaneme, joven; Guacáneme, precoz; Guacaneme, camarada de Gedón Ronderos Cuadros y de Abdalá Cañizares; Guacaneme, conservador o liberal; Alcides Guacaneme y Suta, confidente de quien? Cáigase usted de espaldas... de Froilán Panteva, el escultor genial, émulo de Rodin, que, sin maestros ni modelos ha realizado ya, a los veinte años, una obra, toda una obra».

Y como por una especie de revancha incomprensible, irónica, trágica quizás, la página cuarta repicaba en esos mismos momentos, más y más recio en todos los diarios de Colombia: «país sin hombres», «hombres sin carácter», «crisis de elementos directivos»... «universidades muertas», «incapacidad», «impreparación», «nivel medio de cultura bajo cero», «precipitación», «improvisación», impreparación», «ignorancia». Y, adelante, hacia las últimas páginas: «Maravilloso grado»... «tesis sorprendente»... «capacidad excelsa»... «esperanza de la patria»... «ilustración pasmosa»,... «realidad nacional»,... «sabio auténtico»,... «fruto tempranamente maduro del aula universitaria de Colombia, la mejor de América.»

El sol se entraba a chorros por las ventanas de la biblioteca. Mister Kohgling fijó sus ojos sobre una frase de Calibán, escritor maduro y ágil que solía hacer sus delicias:

«Lo que aquí pasa es desconcertante para quien perdió, aun fugazmente, el contacto con esto que llaman la realidad nacional, y que no es sino la locura nacional» ..

Calibán estampaba este concepto a su regreso de una temporada en la Zona Media.

Abrió Mister Kohgling la ventana, y permaneció largo rato pensativo mirando al campo que alimentaba sus rebaños ...